

gaba á sí mismo, María mostraba que era la mujer profetizada por el mismo Dios después de la caída. También concebía en el dolor la generación de los hijos de Dios. Sobre el Calvario estallaba la grande enemistad entre la raza de la mujer y la raza de la serpiente. Allí también la serpiente debía quedar con la cabeza quebrantada para siempre (1). María, pues, en el Calvario fué la mujer fuerte, la mujer perfecta, la mujer por excelencia. Así es que Jesucristo no la llamó MADRE, sino simplemente MUJER: *Mulier!*

Para que no hubiese duda acerca de la maternidad de María con relación á la Iglesia, ni en cuanto á la filiación de la Iglesia con respecto á María, Jesucristo añadió la declaración llena de la autoridad de su palabra divina, y descubrió un misterio que se había cumplido ya en el secreto de su corazón, en las adorables profundidades del amor: declaró hija de María á la Iglesia, que nacía ya de la generosidad de su ofrenda, del exceso de su martirio y del fervor de su caridad.

Observad también que un simple hombre puede, al morir, recomendar en su disposición testamentaria su madre á un amigo, y un amigo á su madre. Pero el testador humano, al manifestar su deseo, no puede por su palabra inspirar á su madre sentimientos maternales para con su amigo, ni á éste sentimientos de hijo para con su madre. Mas Jesucristo era un testador Dios: su voluntad omnipotente podía llevar á efecto lo que quería, y su palabra producir lo que anunciaba. Sus deseos eran realidades: en su boca las palabras eran creaciones. Al pronunciar, pues, no con el tono de un hombre que ruega, sino con el de un Dios que manda, aquellas grandes é inmortales palabras: «¡Mujer, ved ahí á vuestro Hijo!

(1) Inimicitias ponam inter te et mulierem, inter semen tuum et semen ipsius: ipsa conteret caput tuum. (*Génes.*, III, 15.)

¡Discípulo, ved ahí á vuestra Madre!» Obró una verdadera creación en el corazón de su Madre y en el del discípulo. María sintió nacer en ella un corazón de madre para la Iglesia, y ésta, en la persona del discípulo, un corazón lleno de piedad filial para con María. Eso es lo que el Evangelio ha querido expresar con estas palabras: «Y desde aquel momento, el discípulo recibió á María como á una persona que era verdaderamente suya» (1).

Hé ahí lo que os explica, hermanos míos, la protección constante dispensada por María á la Iglesia, y el celo, la confianza y la ternura de la Iglesia para con María. Eso es para los herejes é incrédulos un motivo de asombro y de escándalo, porque no entienden nada de los misterios de amor revelados en el Evangelio. Para nosotros es evidente que no hay catolicismo verdadero sin el culto afectuoso de María, así como no hay verdadero culto de María fuera de la Iglesia católica.

Apreciaremos, pues, con un sentimiento de vivo reconocimiento el precioso legado que nos hizo á su muerte el más tierno de los padres, dejándonos su propia Madre para que sea para nosotros más que una madre adoptiva. Tengamos, pues, confianza en su ternura. Si nos asusta la severidad del Padre á quien hemos ofendido, recurramos á la Madre, que es toda misericordia y todo amor para sus hijos.

Pero acordémonos también de que San Juan, legado como hijo á María por el Divino Salvador, estaba lleno de fe, de amor y de intrépido celo por su Maestro. Pensemos, sobre todo, por qué virtudes tan particulares llegó á ser el custodio del más dulce, del más precioso tesoro que Jesucristo dejaba en el mundo: lo mismo que mereció el ser el discípulo á quien Jesús amaba más que á

(1) Et ex illa hora accepit eam discipulus in suis. (*San Juan*, XIX, 27.)

ninguno de los otros (1). Por su pureza virginal, por su inmensa caridad, mereció Juan esa prerogativa. Y nosotros también, ¿con qué condiciones creemos poder sostener la dignidad de hijos de María, de hermanos, de herederos de esa ternura que no era debida más que á Jesús, y en que un amigo fué sustituido como otro él mismo? No lo dudemos: sólo puede ser con condición de mantenernos siempre fieles á las doctrinas, á las leyes, al amor de Jesucristo. ¿Cómo podría amarnos María si al dirigir sus miradas sobre nosotros no pudiese decir: Hé ahí un discípulo á quien mi Hijo amaba: *Discipulos quem diligebat Jesus?* No creamos que nos basta el ser exteriormente miembros de esa Iglesia que representaba el más fiel y el más amante de los Apóstoles: á sólo el amor corresponde recoger el legado del amor. La indiferencia y la frialdad nos desheredarán tan indefectiblemente como la herejía y la incredulidad.

Más hé ahí que el Salvador acaba de lanzar su último grito. Acaba de elevar la voz de la misma asombrosa manera que lo había hecho para deplorar la miseria y desamparo de la humanidad culpable. Jesús, lanzando de nuevo un gran grito, entregó su alma. ¿Y por qué ese grande grito? (2) pregunta San Jerónimo. Por ese grito verdaderamente milagroso, en un momento en que, según las leyes ordinarias de la naturaleza, la voz debe apagarse y perderse, Jesucristo quiso mostrar que moría lleno de vida: que moría mandando á la muerte, por su elección, y no por necesidad; por poder, y no por debilidad; por su propia voluntad, y no por la voluntad de los hombres (3).

Ese grande grito era también un legado del amor.

(1) Discipulus quem diligebat Jesus. (*San Juan*, XIX., 29.)

(2) Jesus autem iterum clamans voce magna, emisit spiritum. (*San Mateo*, XXVII, 51.)

(3) Qui morti dominatur et præcipit potestativè expirat. (*San Jerónimo*.)

¿Cuáles fueron las palabras que profirió? «Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi espíritu» (1). Procuramos comprender bien ese misterio. Su alma bendita, unida hipostáticamente á la persona del Verbo, que está siempre en Dios y con Dios, no podía salir de las manos de Dios. Como Hijo de Dios, no tenía, pues, necesidad de encomendar su alma á Dios su Padre. No era su alma, ó al menos sólo su alma, la que encomendaba á Dios. Eran, dice San Atanasio, todos los fieles, todos los hijos de la Iglesia, que, llenos del espíritu de Jesucristo, no forman más que una misma alma con la de su adorable Salvador. Porque, según San Pablo, el que se adhiere á Dios, no forma más que un solo espíritu con él (2). Jesucristo, en los divinos impulsos de su caridad, los llama su espíritu, su alma, porque los ama como á sí mismo: y su último grito no es más que la expresión de ese inefable amor.

¿Qué felicidad y qué gloria no será para los verdaderos cristianos, por pobres y despreciados que se hallen sobre la tierra, el verse, en virtud de esa poderosa palabra del Salvador, recibidos, en el momento de su muerte, en los brazos mismos y en el seno de Dios?...

Pronunciando esa suprema palabra, Jesucristo quiso comunicarnos también el valor de repetirla nosotros en su nombre, y por el impulso de su espíritu, con la misma confianza y el mismo amor. En efecto, al pasar por la boca del Hijo de Dios esa santa palabra, adquirió un poder infinito: ha llegado á ser como un escudo contra las tentaciones, y un remedio contra los temores que pueden turbar á los mismos justos en el momento de la muerte. Y, seguramente, repetir esa palabra, ¿no es colocarse en lugar de Jesucristo, unirse á su sacrificio,

(1) Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. (*Salmo*, XXXIX, 6.)

(2) Qui adhæret Domino unus spiritus est. (*I. Corinth.*, VI, 16.)

aplicarse sus méritos? ¿No es hacer una dulce violencia al corazón de Dios para obligarle á recibir nuestra alma en su seno, como en un asilo seguro y de eterna paz? Tal es, sin duda alguna, la razón por qué la Iglesia pone esa misma palabra en la boca de sus hijos en su última hora. Por eso también los verdaderos cristianos son más felices y están mucho más tranquilos que los supuestos filósofos, á quienes sólo sostiene un falso valor, el de la desesperación, y que han perdido el derecho de decir: «Dios Padre, yo pongo mi alma y mi eternidad en vuestras manos:» *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

Después de haber pronunciado esta última palabra, Jesucristo por sí mismo, por un último acto de su voluntad, inclinó la cabeza y espiró. Observad esta circunstancia, en la apariencia tan sencilla, y que no sin razón refiere el Evangelista San Juan. Por lo común, cuando un hombre espira, su cabeza se inclina por el hecho mismo de la muerte; pues como el alma se retira y escapa, el cuerpo se postra y desfallece. Jesucristo inclinó Él mismo y dejó caer la cabeza sobre su pecho: *Inclinato capite, tradidit spiritum.* Inclinó la cabeza, y entregó su alma á Dios. Así confirmó, por un hecho exterior y visible, la grande verdad que había revelado y enseñado con seguridad. «Nadie puede quitarme la vida: yo soy el que la depongo, porque soy el dueño soberano y el árbitro de ella. La dejo para volverla á recobrar» (1).

Esa inclinación voluntaria de su cabeza, al mismo tiempo que una nueva prueba de su divinidad, fué también una nueva demostración de su amor hácia nosotros. Según opinión de la mayor parte de los Padres de la Iglesia, los huesos de Adán, que Noé colocó en el arca,

(1) Nemo tollit animam meam à me, sed ego pono eam ut iterum sumam eam. (*San Juan*, x, 18.)

fueron depositados en el Calvario, y precisamente por eso aquella montaña fué llamada Calvario: *Calvarie locus*, lugar del Cráneo, el lugar donde reposa la cabeza del primer hombre. Por eso también sobre aquel monte, Abel, Noé, Melchisedech, Abraham, Jacob, Josué, todos los Profetas y todos los sumos sacerdotes, habían sacrificado sucesivamente. Nuestro Señor fué crucificado precisamente sobre el sitio en donde se encontraba la cabeza de Adán, y de ahí el origen antiquísimo en la Iglesia de colocar una calavera al pié de la cruz. Jesucristo, pues, que con los brazos extendidos, el pecho descubierto, inclina suavemente la cabeza hácia la tierra en que se hallaban los restos de Adán, es, dice San Agustín, Jesucristo abrazando la humanidad entera en su jefe, dando, como un tierno padre, su ósculo afectuoso á todos sus amados hijos, y deseando estrecharlos contra su seno (1). Es Jesucristo, que despues de haber hecho caer las primeras gotas de su sangre sobre los huesos del primer hombre, y de haber bautizado á la humanidad entera en su jefe, la inspira la confianza y la prenda de la resurrección. Hé ahí por qué, según la profecía, los huesos de Adán, tan humillados por la muerte y por el pecado que había sido causa de ella, se estremecieron de júbilo en presencia de aquel grande misterio de amor. *Exaltabunt ossa humiliata.* (Salmo L.)

En esa actitud afectuosa, la cabeza inclinada hácia la tierra, ó, por mejor decir, hácia nosotros, el Divino Salvador, derramando su última lágrima y exhalando un profundo suspiro, entregó su alma á Dios, su Padre (2). Pero el que resigna así en aras del amor una vida que no había sido más que un perpetuo acto de amor á los hombres, seguramente es Dios. Y el velo del templo que se

(1) Caput inclinat in monte ut oscula daret dilectis suis. (*San Agustín.*)

(2) Et inclinato capite, tradidite spiritum. (*San Juan*, XIX, 30.)

desgarra de arriba abajo, la tierra que tiembla, el sol que se eclipsa, los sepulcros que se abren y de que salen con vida los muertos en el momento mismo en que Jesús espira, todo eso, dice San León, no es más que el gemido de la naturaleza entera, que debía á su Autor el testimonio de querer concluir con Él, porque había sido criada por Él (1).

¡Con cuánta magnificencia se despliega la sabiduría y la majestad de un Dios Salvador! Semejante á un gran Rey que, despreciando los insultos de algunos viles esclavos, deja á los más inferiores de sus ministros el cuidado de responder por Él; Jesucristo no creyó que cumplía á su dignidad el contestar por sí mismo á las últimas blasfemias de los judíos. Respondió á ellas durante su agonía, y en el momento de su muerte, de una manera enteramente digna de un Dios, por el trastorno de la naturaleza entera. El cielo y la tierra, dice San León, y todos los elementos, fueron los que recibieron la comisión de contestar á las cobardes y estúpidas blasfemias de los judíos (2).

Respuesta magnífica, respuesta sublime, que fué muy bien comprendida por el centurión, por los soldados que habían crucificado al Redentor, y por un gran número de los que le habían ultrajado. Aterrorizados, iluminados al fin por tan grandes prodigios, humillados, confusos, arrepentidos y golpeándose el pecho, alzaron la voz para confesar y reconocer que Jesús era el Hijo de Dios. El Calvario, en que un momento antes todavía resonaban las blasfemias de un furor impío, no resonó ya más que con los sollozos de arrepentimiento y los testimonios tributados á la gloria del Crucificado. El centurión

(1) Debebat hoc testimonium suo mundus Auctori, ut in casu sui conditoris vellent elementa finiri. (San León.)

(2) Vocibus eorum stultis atque blasphemis reddunt universa elementa responsum. (San León.)

y toda la multitud se retiraron golpeándose el pecho, y diciendo: «Ese hombre era verdaderamente el Hijo de Dios» (1).

¿Cómo, pues, ni en dónde se han de poder encontrar términos bastante enérgicos para vituperar, según se merece, la impía y estúpida obstinación de esos supuestos sabios, que á vista de los prodigios con que fué acompañada la muerte del Salvador, á vista de los testimonios que le dieron el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres, los vivos y los muertos, los judíos y los romanos, y los que han dado los Evangelistas y los autores profanos, los justos y los malvados, y hasta las mismas criaturas insensibles, el universo entero, en una palabra, no temen en continuar despreciando al hombre Dios? ¿No son más ciegos que las tinieblas, más insensibles que los cadáveres, más duros que los peñascos, más incrédulos que el mismo Satanás?

¡Desgraciados!... Demasiado sabrán el día en que comparezcan ante su tribunal, quién es el que, en plena luz del cristianismo, se ha obstinado en negar con tanto orgullo y en insultar con tanta audacia. A ese grande é irrevocable juicio citaba Jesucristo á sus acusadores deicidas, y citará en toda la serie de los siglos á los incrédulos que niegan el testimonio de su propia conciencia.

Por lo que hace á nosotros, hermanos míos, acordémonos siempre de que, en el momento de la muerte, sólo Jesucristo será nuestro consuelo y nuestra esperanza. Sí, en ese momento supremo en que deberemos dejar el mundo, y en que el mundo nos dejará, en que deberemos salir del tiempo para engolfarnos en la eternidad; en ese momento supremo, en que el alma entera-

(1) Centurio et omnis turba, percutiebant pectora sua, dicentes: Verè Filius Dei erat iste. (San Mateo, xxvii; San Lucas, xxiii.)

mente sola, sin compañeros, sin parientes, sin amigos, espíritu solitario, deberá encontrarse sin comunicación inmediata con el Sér Infinito; entonces ¡ay! no habrá valor que sostenga, fuerza que no se doblegue, firmeza que resista, ni filosofía que tranquilice. Los que entonces tiemblan más son precisamente los que aparentan en lo exterior más calma y seguridad: se hallan tanto más consternados y abatidos en el fondo de su corazón, cuanto aparecen exteriormente más tranquilos y sosegados. Esas apariencias de tranquilidad facticia y engañosa encubren la peor de las desesperaciones, la desesperación fría, más incurable y más desconsoladora que la desesperación furiosa. En aquel momento supremo no tendremos otro medio para calmar los terrores de nuestra imaginación, la desolación de nuestro corazón, el estremecimiento de todo nuestro cuerpo, que el volver nuestras miradas vagarosas y nuestras manos desfallecidas hácia la imagen de Jesucristo muerto en la Cruz por la salvación de los hombres.

Por eso los ministros del Señor se apresuran entonces á ofrecer á nuestras miradas y á poner en nuestras manos esa imagen, símbolo de la confianza, de la misericordia y del perdón. Mas ¡ay!... cuando no se ha querido al Hombre-Dios durante la vida, ¡cuán difícil es esperar en Él, é invocarle á la hora de la muerte!... Es digno de compasión el cristiano para quien el Dios crucificado no es más que el Dios del último momento, y que sólo se acuerda de Él cuando va á ser citado á su tribunal. ¡Qué no tiene que temer el que, para abandonar el pecado, aguarda á que el pecado le abandone!

Divino Salvador, dulce Jesús que nos habéis amado tanto, no, no, nosotros no seremos ingratos é insensatos hasta ese punto: atraídos, subyugados por la demostración de vuestro generoso amor, desde hoy, desde este instante mismo queremos entregarnos á Vos, que

tan completamente os habéis entregado por nosotros.

Al efecto, postrados á vuestros piés, reconocemos y condenamos altamente la ingratitud con que hemos correspondido á vuestro amor con el olvido de vuestra bondad, con el abuso de vuestras gracias, con la violación de vuestras leyes, con la profanación de vuestros misterios, con el escándalo dado á vuestros fieles, con todas las bajezas del respeto humano. Humillados, confusos, con el corazón traspasado de dolor, nos arrepentimos amargamente de haber pagado vuestros beneficios con ultrajes y vuestras liberalidades con el desprecio, la indiferencia y hasta la aversión. Perdonadnos por el mérito infinito de vuestras llagas, de vuestra sangre y de vuestra muerte. Prometemos y juramos no pertenecer desde este momento más que á Vos, serviros, obedeceros y amaros. Admitidnos en vuestro séquito, abrigadnos bajo vuestra cruz, y encerradnos en vuestro amoroso corazón. Socorrednos, salvadnos, Señor, como á vuestros servidores adictos que habéis redimido con vuestra preciosa sangre (1). Haced que los que hemos asistido hoy en espíritu á vuestra dolorosa muerte, y que nos hemos asociado á vuestros tormentos, podamos un día, en compañía de vuestros Santos, participar de vuestra eterna gloria (2). ¡Somos cristianos, somos vuestro pueblo, salvadnos!... ¡Somos vuestra herencia, bendecidnos!... (3) Bendecidnos con el mismo amor que os hizo consentir en morir por nosotros. ¡Benedicidnos!... y que esa bendición nos salve y nos guíe por todas partes en la peregrinación de la vida, que nos libre de los abismos, que nos lleve á lo alto, que nos conduzca y

(1) Famulis tuis subveni, quos pretioso sanguini redemisti. (Himno *Te Deum*.)

(2) *Æterna fac cum sanctis tuis in gloria numerari.*

(3) *Salvum fac populum tuum, Domine, et benedic hereditati tuæ.*

nos eleve hasta las eternas colinas (1). ¡Que esa bendición que hoy nos dais sobre la tierra, sea la prenda de esa bendición que debe permanecer para siempre sobre vuestros elegidos!... *Benedictio Dei Omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sanctus descendat super nos, et maneat semper.*

(1) Et rege eos et extolle eos usque in aeternum.

SERMÓN

SOBRE LA RESURRECCIÓN

Surrexit, non est hic. (San Marcos, xvi, 6.)

Resucitó, ya no está aquí.

El hombre que coloca una lápida sobre la tumba de un semejante suyo, acostumbra á grabar en ella la lúgubre y monótona inscripción: *Hic jacet*; aquí yace, aquí reposa... Para todos los hijos de los hombres el epitafio no puede ser jamás sino un recuerdo de muerte. Mas para el que fué á un tiempo mismo hijo del hombre é Hijo de Dios, hé aquí la magnífica inscripción que un ángel radiante, y en el colmo de la alegría, trajo del cielo y colocó sobre su sepulcro: *Surrexit, non est hic*; ha resucitado, ya no está aquí. Así se cumplió la grande profecía del hijo de Amós: «Su sepulcro será rodeado de gloria, su sepulcro mismo le será glorioso:» *Et erit sepulchrum ejus gloriosum* (1). Toda grandeza, todo poder de los reyes de la tierra concluye en la tumba; mas, al contrario, en el sepulcro comienzan el poder y el imperio del Rey de los cielos.

Hoy, pues, nuestro Divino Salvador puede gloriarse de haber sepultado en su tumba todos sus padecimien-

(1) *Isaias*, xi, 10.